

# El Periódico ilustrado.



NIZA.

Número 4.º

DEL 30 DE MARZO AL 6 DE ABRIL DE 1865.



ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º  
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.

**SUMARIO.**—TESTO: S. A. R. el Principe D. Alfonso, por L. G. de Luna.—*La emancipacion de la mujer*, por D. F. Arrea.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Poesias*, por J. E. Hartzenbusch.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Niza*.—*Messina*.—*Tipos napolitanos*.—*Revista pasada por el emperador de Rusia*.—**LÁMINAS:** Niza.—El principe D. Alfonso.—Messina.—Tipos napolitanos.—*Revista en Rusia*.—Geroglífico.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

Madrid. . .	Un año 24 rs.—	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos el número.
Provincias. Un año 28 »—		Seis meses 14 »	
Ultramar. . Un año 80 »—		Seis meses 40 »	

S. A. R.

## EL PRINCIPE D. ALFONSO.

Copiándolo de una excelente fotografía, publicamos el retrato del augusto heredero de la corona de España. La corta edad de este Príncipe nos permite escribir lo que propiamente se llama una biografía. Nos limitaremos, pues, á dar á conocer varios de los rasgos que ya revelan su carácter, y á hacer algunas breves consideraciones respecto al importante papel que algundía ha de desempeñar en la política europea, si como todo induce á creer, España continúa avanzando tan rápidamente como hasta ahora en el camino de su prosperidad y de su grandeza.

D. Alfonso de Borbon, Príncipe de Asturias, nació en Madrid el 2 de noviembre de 1856. Su nacimiento fué saludado con inmenso júbilo en toda la nacion, que anhelaba este suceso como el afianzamiento de una dinastía, cuyo triunfo, ántes de tanta sangre y tan heroicos sacrificios ha costado á los españoles, primero en la guerra de la independencia y despues en la civil.

El pueblo tomó una parte activa en las fiestas con que se solemnizó el nacimiento del Príncipe, porque al mismo tiempo que la dinastía, veía en él aseguradas sus libertades públicas, sus venerandas instituciones, que por efecto de la deplorable división de nuestros partidos políticos, aun no han producido todas las ventajas que de ellas se debía esperar, y que tanto nos admiran en otras naciones más afortunadas que se rigen por el mismo sistema.

El nacimiento del Príncipe D. Alfonso detuvo sus progresos al partido que atentó á la prosperidad de España y al esplendor del trono, pro-



S. A. R. EL PRINCIPE D. ALFONSO.

ponia como medio más eficaz de que se realizase en un breve plazo y casi por sí misma, la union ibérica, una alianza entre la infanta doña Isabel, entonces princesa de Asturias, y el heredero de la casa reinante de Portugal. Las desgracias que affligieron á aquella familia, privándola en pocos dias de varios príncipes, hubiera alejado tanto

como otros problemas políticos, que todavía no han sido resueltos, la suspirada union de estos pueblos hermanos, con lazos mucho más fuertes que los del interés y la conquista.

Los demás partidos, que no habían vuelto sus ojos á Portugal, vieron en el nacimiento del Príncipe D. Alfonso una esperanza de que estando el cetro en sus manos, con la indisputable autoridad que le darian su rango, su sexo, su ilustración y hasta quizás su carácter, la política española perderia este funesto sello de lucha constante y siempre estéril que le imprimen nuestros más distinguidos hombres de Estado.

El probable advenimiento de un varon al trono de España, despojaba tambien de sus locas esperanzas al partido absolutista, que desde entonces quedó en la postracion más completa, como lo prueban la frustrada intentona de San Carlos de la Rápita, y las ideas demagógicas con que ha sorprendido al mundo el ex-infante D. Juan, que debía ser por el contrario el único representante legal del partido carlista.

¿Justificará el Príncipe D. Alfonso las lisonjeras esperanzas que en él han depositado todos los partidos que creen más que imposible, necesaria, la existencia del trono y de las libertades públicas? Difícil es contestar á esta pregunta: la tierna edad de su alteza no puede dar todavía, ni aun á sus mismos profesores, una idea exacta de las facultades morales que le adornarán cuando su inteligencia se desarrolle con el tiempo y el estudio.

Pocos meses hace que S. M. la Reina se dignó aprobar el sistema de educación á que ha de ajustarse la de su excelso hijo. En él se ha dado la preferencia sobre otras á la instruccion

militar, en lo cual creemos que no se ha andado con todo el acierto que fuera de apetecer. No negaremos que los conocimientos militares son muy necesarios en un príncipe; pero no son hoy los campos de batalla donde por lo general se decide la suerte de las naciones; nuestra época tiene necesidades y reclama otros conocimientos de los hombres llamados á regir los destinos de pueblos generosos é ilustrados.

Necesitábase rodear al Príncipe de preceptores prudentes y sábios que mantuviesen su espíritu tan lejos del fanatismo como de esa despreocupación, que según la frase de Larra, es la primera de las preocupaciones del siglo XIX. Nada más fácil que esterilizar con exagerado celo ó abandono punible los gérmenes de las virtudes públicas y privadas que deben adornar á los reyes. Por ventura no creemos que el príncipe D. Alfonso corra ese peligro entre las personas encargadas de su educación.

Terminaremos este artículo refiriendo dos anécdotas que arrojan alguna luz sobre el carácter y los sentimientos de este Príncipe.

Tiene la costumbre de besar el anillo á su preceptor el señor arzobispo de Burgos, cuando entra á visitarle. Un día S. A. se olvidó de esta costumbre y deseando el arzobispo recordársela de un modo indirecto, llamó la atención del Príncipe hácia una lámina que representaba la espulsion de Adán y Eva del Paraíso y preguntó á su discípulo:

—¿Podrá V. A. decirme que fué lo que dio causa al pecado original?

—La desobediencia, conquistó sin vacilar el Príncipe.

—Pues yo conozco á una alta persona, continuó el arzobispo, que hoy ha pecado de desobediente...

—Ese soy yo, interrumpió S. A.: hoy no le he besado á Vd. el anillo.

Otro día, al entrar en la Cámara un alto empleado de palacio, le dijo:

—¿Sabes lo que ha hecho mamá? Ha cedido los bienes de su patrimonio en beneficio del pueblo.

—¿Y qué hubiera hecho V. A. si fuera rey?

—Hubiera hecho lo mismo.

L. G. DE LUNA.

## EMANCIPACION DE LA MUJER.

Pretende el bello sexo equipararse al hombre, y participar con él por igual del gobierno del Estado y del ejercicio de las profesiones liberales.

Semejante pretension ya fué agitada en diversas épocas, y sólo tiene de especial actualmente el hallarse en perfecto acuerdo con la tendencia general de la sociedad moderna, donde cada uno quiere ser lo que no debe ni puede ser. Cualquiera que fuere la resolución de este grave problema, que más especialmente se ha discutido en la América inglesa, la fisiología humana ha de protestar siempre contra el sistema de emancipación femenina.

En ningún tiempo podrá la mujer desempeñar la misión intelectual que pertenece al hombre: á la diversidad de organización, corresponde también diversidad de vida social. Del desprecio de esta ley resultarán consecuencias funestas para la mujer y para la sociedad. La experiencia enseña, según dice Davy en su *Tratado especial de higiene de las familias*, que los frutos cogidos del árbol de la ciencia por la mujer casi siempre los altera su peculiar constitución: las mujeres que se hacen célebres por sus estudios científicos, principalmente de los que exigen fuerza y continuada reflexión, pierden del todo ó en gran parte la facultad de reproducción, semejantes á la flor que

por industria del jardinero multiplica sus pétalos, y se ostenta más bella y vistosa para tornarse estéril.

También la experiencia de todos los tiempos ha demostrado que este sér, por naturaleza tan delicado y flaco, cuando gobierna lo hace siempre con pasión. Jamás el hombre impuso castigos tan rigurosos, ni se hizo obedecer tan imperiosamente como la mujer. Arrogante en la prosperidad, no conoce término medio entre el orgullo y la abyección; no puede resistir al placer de la venganza, si fué ofendida en su amor, así como no sabe perdonar los agravios hechos á su vanidad. Mas si ella es sanguinaria é implacable en el resentimiento, llegando hasta la rabia, es porque su debilidad moral y excesiva sensibilidad le hacen capaz de tal exaltación, llevando el crimen ó la virtud á los extremos, como nos muestra la historia de muchas mujeres célebres que dió á conocer estensamente en su *Repertorio universal* el publicista francés L. Prudhomme.

Los vicios de la mujer, que obligaron á decir á los antiguos filósofos *Mulier deterior homine*, y sus muchas virtudes, que la han conquistado el hermoso título de *ángel*, la imposibilitan de poder desempeñar bien la árdua misión de gobernar los pueblos. La mujer que se hace hombre no sale ménos de su estado natural que el hombre que se afemina; cada uno en su propia esfera tiene proporcionalmente su exclusivo y peculiar valor.

Con una organización delicada y formas elegantes, une la mujer á la belleza ideal el sentimiento de agrandar: dotes con que el Hacedor Supremo quiso enriquecerla, compensando así su flaqueza. Excesiva en sus afecciones, la mujer está dotada de un ingenio finísimo para conocer las más delicadas relaciones entre dos objetos de buen gusto, en todo cuanto afecta á los sentidos; de delicado tacto para hallar las conveniencias en sus variadas relaciones, y de gran penetración para descubrir los secretos del corazón del hombre que le ofrece su cariño. En todo fué organizada la mujer para afirmar y estrechar los lazos de familia, uniendo en torno suyo á todos sus miembros para educarlos en las buenas costumbres, y sembrar de flores el camino de la vida doméstica: hé aquí sus más notables atributos.

Por su viva imaginación y esquisita sensibilidad, la mujer va más en pos de las expansiones del sentimiento que de las luces de la razón; su juicio es pronto y fino, pero superficial y precipitado; sin abrazar los objetos en todas sus variadas relaciones, déjase arrastrar por las sensaciones esternas, y cae fácilmente bajo el imperio de las ilusiones; ménos meditativa, tenaz y consecuente que el hombre, sus pensamientos, pesares y placeres son intensos, aunque duran poco; de aquí su ardiente curiosidad, hija más del capricho que de la fuerza de voluntad; finalmente, sin perseverancia, y variando siempre de gustos, es impropia para llevar á la perfección las grandes obras. No son, pues, las leyes y los usos establecidos por los hombres; es la naturaleza misma que destinó cada uno de los dos sexos para diversa vida social.

La volubilidad y estrema delicadeza de la mujer la hacen, por decirlo así, flotar en la superficie de los objetos, cuyas multiplicadas impresiones la deslumbran, impidiéndola profundizar su estudio; de aquí procede la frivolidad de sus gustos y la eterna versatilidad de sus ideas, cualidades que se oponen á las dotes que se requieren para el estudio provechoso de las ciencias y para el ejercicio de las profesiones liberales. Falta á la mujer ese vigor del pensamiento necesario para formar, por medio de saturada meditación, y apartada de las impresiones exteriores, largas series de raciocinios, con los cuales solo puede el ingenio penetrar los arcanos de la ciencia. El ingenio profundo que se necesita para los grandes descubrimientos solo al hombre fué concedi-

do, y no á todos los hombres, sino á algunos talentos privilegiados.

De todas las leyes de la naturaleza, una de las más imperiosas es la tendencia irresistible que reúne á los dos sexos en esta comunión de bienes y males, llamada sociedad conyugal, estrechando con florido lazo ambos séres para calmar sus penas y endulzar con su amor recíproco los días de su existencia.

Véase, pues, que en el hombre todo tiende á la expansión, dirigiendo sus esfuerzos al exterior, porque el calor y vigor de su sexo le imponen esta ley; en la mujer, por el contrario, todo tiende á concentrar las afecciones y pensamientos en un solo foco: la reproducción y educación de la familia. El bello sexo, que domina siempre por sus encantos y ternura, será oprimido cuando quiera emplear la fuerza ó el capricho; es necesario, pues, que sus hábitos sean opuestos á los del sexo masculino; solo así vencerá ella, siempre *cediendo*.

Esclavizada entre algunos pueblos salvajes, oprimida y encarcelada por el ciego absolutismo oriental, la mujer es para el hombre en esas naciones un miserable instrumento de placeres momentáneos: su influencia, saludable en la sociedad, solo se manifiesta entre los pueblos donde, igual al hombre, y señora de sí misma, aprende por sí sola á hacerse estimar, y se entrega libremente al objeto de su cariño, haciendo su felicidad, la del que la posee y la de la familia.

La relación de la igualdad civil entre los dos sexos no es incompatible con la diversidad del modo de la vida social de ambos; antes es de esa diversidad consecuencia necesaria: para la mujer, la vida doméstica; para el hombre, la del exterior. Esta separación robustece los dos sexos en su actividad propia: la mujer se perfecciona concentrándose en la vida íntima de la familia; el hombre se fortalece conviviendo con los demás hombres, y arrostrando sus fatigas.

El diverso modo de vivir de los dos sexos, conforme sus naturales disposiciones, establece una especie de antagonismo entre ambos: el sexo débil busca lo agradable, y se deja guiar por el sentimiento; el fuerte procura lo útil, predominando en él la inteligencia; este quiere instruir ó dominar, aquel encantar ó seducir; uno aspira á la fama y á la celebridad, el otro al placer y á las afecciones. El hombre considera las cosas en sus relaciones más generales; la mujer en las más particulares; aquel aspira á vivir con independencia; esta prefiere una dulce protección: la mujer revela naturalmente finura y galanteo, el hombre simplicidad y franqueza. Cada uno de ellos tiene su diverso modo de sentir y de considerar los objetos; requieren por eso unirse para formar la noción exacta del mundo exterior, y completar su mútua felicidad. Todo cuanto es fuerte, grande, vasto y sublime es mejor comprendido y ejecutado por el hombre; y lo que hay de más sensible y delicado, es mejor sentido por la mujer.

Después de la gran reforma social operada por el cristianismo, la mujer logró su emancipación; ya en las sociedades modernas entra ella por igual con el hombre, y hasta se le dispensa más protección que á este, en orden á su natural flaqueza y debilidad. Hoy tampoco ningun niega la poderosa influencia de la mujer en las bellas artes, y en algunos ramos de literatura y ciencias, cuyo estudio requiere ménos reflexión. Los cargos del Estado y el ejercicio de las profesiones liberales no conviene confiárselos, porque requieren fuerza de razón que la mujer no tiene. Mas no por eso se dé por ofendido el bello sexo si no puede entregársele el gobierno de los pueblos: confíasele una misión más grande y más elevada todavía: la formación del corazón del hombre que debe gobernar y de los que han de ser gobernados, y así viene ella á ejercer mayor influencia

que el hombre, porque gobierna antes que él; y, estraña á las agitaciones del mundo, escondida bajo el techo tranquilo del hogar doméstico, como fiel consejera del hombre, tiene inmensa y poderosa participacion en la direccion de los pueblos; y sus advertencias deben ser escuchadas con tanta veneracion y respeto, como lo era en las deliberaciones de algunos pueblos antiguos los dulces y misteriosos consejos de sus matronas.

D. FERNANDEZ ARREA.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Madrid entero se ha estremecido estos dias pasados al recibir la visita de un extranjero ilustre, y tan respetable por su ancianidad como por sus proezas.

Este extranjero, cuya presentacion oficial se ha verificado en la plaza de toros, es un magnífico elefante que tendrá sus noventa años y que lucha, ó mejor dicho, se defiende de cuantos toros se le presentan, con una sangre fria y un candor que son pruebas claras de su inquestionable superioridad.

El elefante ha sido durante mucho tiempo para los cuerpos una especie de mito, divinizado unas veces por las fábulas estravagantes de los viajeros, falsificado otras por los relatos absurdos de los naturalistas. Hasta hace pocos años, todo el mundo creía que el elefante era un animal pesado, invulnerable, sin movimiento en sus articulaciones; que dormia reclinado en los árboles, que se dejaba cazar por la seducion, y á quien engañaban los chinos como á otro tal, sin más que dirigirle una sonrisa cariñosa, ó darle suavemente unas palmaditas en el lomo.

Hoy sabemos ya que es un animal que reúne en sí la inteligencia del castor, la destreza del mono y el sentimiento del perro, teniendo sobre todos estos la ventaja de su fuerza colosal, y la ayuda de sus armas ofensivas, ó más bien defensivas, con las que puede herir y vencer al leon. Sabemos que su organizacion es, despues de la del hombre, la más delicada; que le deleita el sonido de los instrumentos; que es aficionado á la música y aprende fácilmente á llevar el compás, moverse en cadencia, y acompañar oportunamente con algunos acentos el redoble de los tambores; que gusta mucho de toda especie de perfumes, en especial de las flores olorosas, que las escoje formando con ellas ramilletes, y por último, que valiéndose de su trompa, miembro acaso el más completo y prodigioso de los que la naturaleza ha concedido á los seres animados, coje del suelo las monedas más pequeñas; corta las yerbas y flores, eligiéndolas una á una; desata los nudos de las cuerdas; abre y cierra las puertas dando vuelta á las llaves y corriendo los cerrojos; y llega á trazar caracteres regulares con un instrumento tan pequeño como una pluma.

Dotado de todas estas cualidades, el elefante, aparte de la riqueza que tiene en sus colmillos, es un poderoso auxiliar de la industria y el comercio, empleándose en toda clase de trabajos, sobre todo en los de fuerza y actividad.

El elefante, que no ataca jamás á los viajeros ni á los leñadores de los bosques, se defiende heroicamente de las fieras y los hombres que le persiguen. Pocos meses hace que uno de los más hábiles cazadores de Ceilan fué víctima de uno de esos encuentros, por un accidente de que no está libre ningun cazador. Armado de su carabina de dos cañones, colocóse en frente del gigantesco animal; le apuntó entre ojo y ojo, golpe de muerte tan certero como instantáneo, avanzó, y á la distancia de cincuenta ó sesenta pasos movió el gatillo. El elefante esperó el tiro

inmóvil y con la trompa recogida, pero el tiro no salió. El elefante adelantó en línea recta y con paso rápido y seguro sobre su adversario. Este, al tenerle casi encima, disparó su carabina de nuevo. Pero el tiro no salió tampoco. El elefante lo asió entonces con la trompa, lo suspendió un momento en el aire, y lo estrelló contra el primer árbol que vió cerca.

El público de Madrid no ha dado con todo gran importancia á las cualidades del elefante, que á decir verdad, tampoco se han manifestado en todo su esplendor. Sea por la poca bravura de los toros, sea porque el redondel es demasiado anchuroso para que las dos fieras se encuentren, sea porque la mucha concurrencia haya impresionado al *Leviatan* de los bosques, el caso es que la lucha no ha ofrecido ningun atractivo, fuera de la curiosidad que inspira la contemplacion de cualquier fenómeno. Ha habido, sin embargo, un detalle en la segunda funcion que prueba el mal instinto de algunas personas, al mismo tiempo que el buen instinto del elefante. Entre las muchas naranjas que se arrojaban á la plaza, y que el bicho se engullia enteras como si fueran glóbulos homeopáticos, cayó una rellena de cabezas de fósforos y perfectamente dispuesta para ser comida. El elefante la cogió, pero la soltó poco despues, lo cual hizo á sus dueños fijarse en ella, y descubrir su contenido. Por supuesto, que todo aquello no hubiera producido al elefante más que una ligera irritacion, mucho menor que la que me produjo á mí saberlo, y la que me produce hoy mismo referirlo.

Este es el acontecimiento más notable de la semana, y el único que merece los honores de la publicidad. Por lo demás, no tenemos nada digno de llamar la atencion como no sea el plano en relieve de la Coruña que se halla espuesto en uno de los salones de la Exposicion de pinturas; el ballenato que se enseña en otro salon próximo, y el nuevo periódico político titulado *Los Tiempos*, cuyo prospecto ha circulado ya, y cuyo primer número debe aparecer con el mes entrante. Las tres cosas merecen ser vistas, y de las tres nos ocuparemos, si Dios quiere.

M. DEL PALACIO.

## POESIAS.

EN EL ALBUM DE ELADIA.

Cada vez, Eladia hermosa,  
que esos tus luceros dan  
una mirada á las rejas  
de la casa donde estás,  
que de esposas del Señor  
cláustro fué treinta años há,  
y escuela es hoy de mancebos  
que á niños han de enseñar,  
¿no ves un jardin, que ahora,  
en este mes de San Juan,  
de bellas flores te ofrece  
riquísima variedad?  
Pues bien, si las flores amas,  
como las debeis amar  
las que sois, cual eres tú,  
la flor de la humanidad,  
¿cuándo á entretener guirnaldas  
al verjel descenderás?  
Irás en el verde mayo,  
no en la yerta Navidad.  
Vendrá el adusto diciembre,  
y el triste enero vendrá,  
y arrebatará esas galas  
el soplo del vendabal.  
Cubierto el rosal de nieves,  
sepultado el arrayan,  
no irás á pedir entonces  
flor al mirto ni al rosal.

«No es tiempo de flores éste  
(cuerda para tí dirás:)  
no exijamos de natura  
lo que ella no ha de prestar.»

—No exijas, Eladia bella,  
de mí flores de otra edad:  
mi ingenio, jardin helado,  
no produce flores ya.  
Ricos ramos te daria  
mi rendida voluntad,  
en la florida estacion  
que ya miro muy atrás.  
Tarde vienes: mústias hojas  
quedan solo por acá,  
y aunque pocas y marchitas  
cuesta el cojerlas afan.  
Mas no hacen falta á la frente  
que ostenta con magestad  
guirnalda cuyo verdor  
inmarcesible será.  
La puso en tu frente bella  
*Quintana*, el vate inmortal,  
y flores por él cogidas  
no se marchitan jamás.

J. E. HARTZENBUSCH.

## TEATROS.

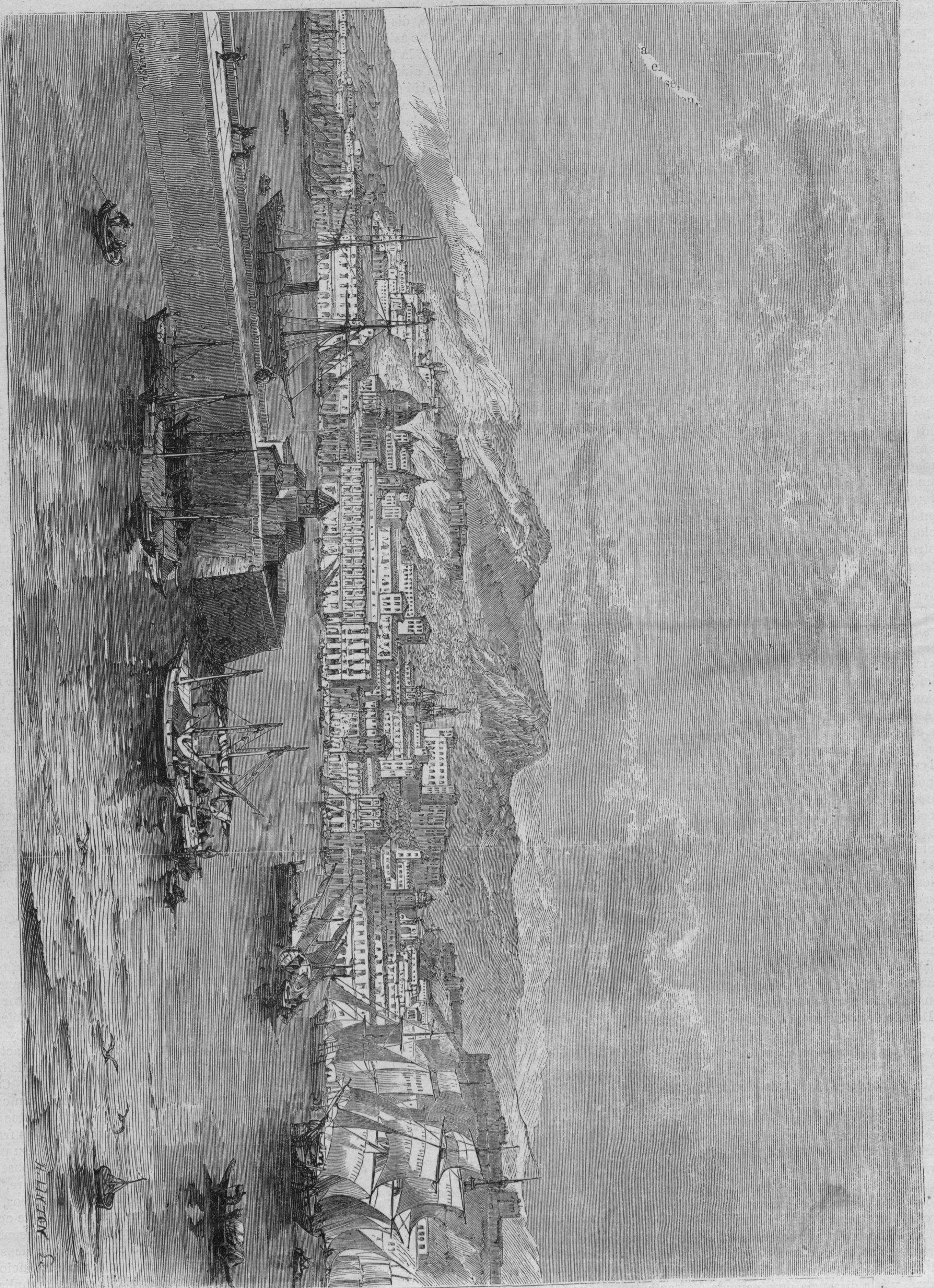
No es la presente, ocasion de perder tiempo en formular el *introtito* de este artículo. La semana ha sido fecunda en novedades, y asunto nos ha de sobrar sin recurrir á estériles próambulos y razonamientos. Comienzo, pues, y Dios sea con todos.

Con sorpresa casi general entre las gentes que de los acontecimientos teatrales se ocupan, el miércoles último púsose en escena en la del teatro del Príncipe un proverbio en tres actos y en verso, titulado *La oveja descarriada*, que los carteles con una sinceridad rara en ellos, anunciaban era original de uno de nuestros primeros escritores.

Verdad era el aviso, pues se trataba nada menos que de una produccion dramática del inspirado poeta cómico D. Narciso Serra. Una comedia basada en un pensamiento altamente moralizador, y escrita con la misma inimitable gracia que tienen todas las producciones de aquel privilegiado ingenio. Tal es la última obra del discreto autor de *El Loco de la Guardilla*, hoy agoviado bajo el peso de una tenaz enfermedad que postra sus facultades físicas. Gracias al cielo, la cruel dolencia que le impone la triste necesidad de contemplar inmóvil la agitacion incesante de cuanto le rodea, ha respetado su claro talento deteniéndose en su carrera de estrago ante aquella poderosa inteligencia que vive, como siempre, para gloria de nuestra literatura.

El público que asistió al teatro la noche á que nos referimos, comprendió la gran importancia relativa de la comedia de su predilecto autor, y despues de colmarle de aplausos, llamóle á la escena en donde, con dolor lo decimos, y la razon se sabe, no pudo presentarse. Los actores que en la ejecucion tomaron parte, nada hicieron que exija particular mencion. El Sr. Catalina, cuyo método de declamacion es tan conocido, lució en dicha obra los mismos defectos de siempre, precipitando la conclusion de las frases con esa incontinencia que distingue á su palabra, y que en todas ocasiones le hemos observado. El Sr. Pizarroso, fiel á su costumbre, ó mejor dicho, á su vicio, retorció los vocablos, y gritó sin ton, pero con demasiado son. Este actor es uno de los que cumpliendo el precepto divino ganan el sustento con el sudor de su frente. La señora Hijosa, aunque más intencionada de lo que á su condicion de niña cumplia, distinguióse sin embargo de los demás actores. El carácter del personaje confiado á la primera

VISTA GENERAL DE LA VILLA Y PUERTO DE MESSINA.





Señoras de la aristocracia.

Jóven del pueblo.

Vendedora de pastas.

Condotieris.

Fr. ile.

Celador del puerto.

TIPOS NAPOLITANOS.

actriz doña Matilde Diez, es insignificante; por lo tanto, nada más tenemos que decir.

Al siguiente día del citado, esto es, el jueves, se realizó un suceso esperado con impaciente afán por los aficionados al divino arte. En dicha noche *La Patti* volvió á presentarse á sus admiradores mal avenidos con su ausencia, en la escena del régio Coliseo. Cantaba *Sonnámbula*, y si bien la ópera no era en aquella ocasion otra cosa que el pretexto para que aquella artista recibiera la bienvenida con que la saludaban sus adoradores, en ella lució una vez más su voz siempre tersa y afinada. En el momento de su aparicion, la privilegiada cantante fué saludada con un aplauso unánime, que se repitió mil veces durante la representacion de la ópera, al final de la cual fué llamada á la escena que sembró de flores la concurrencia á la salida de la artista, á quien rendía aquella espresiva ovacion. Madame Lagranje que ocupaba un palco arrojó á los piés de la *Patti* dos preciosas coronas, dando en ello una prueba de que el talento siempre fraterniza.

Anteayer alcanzó un nuevo triunfo interpretando la *Rossina* de el *Barbero*. ¡Triste es pensar en lo breve que ha de ser su permanencia entre nosotros!

En Variedades, en donde no há muchos días habia agregado á los innumerables que señalan su brillante carrera artística, un triunfo más el actor español D. Julian Romea, con la representacion de la comedia titulada *Sullivan*, hecha á su beneficio, se puso en escena el sábado el drama nominado *La Huérfana de Bruselas*. *Walter*, el cruel y ambicioso abogado, cuyo odioso carácter es generalmente conocido, fué interpretado por Romea con tal verdad, que durante el monólogo del tercer acto, apenas por cortos intervalos se interrumpió el general aplauso, que comenzó antes de que aquel actor articulara su primera frase.

Hasta aquí llega lo agradable de la tarea que nos hemos impuesto: desde este instante comienza nuestro calvario. En el teatro de Novedades se ha representado una comedia, por decirlo así, que se denomina *Zapatero, á tus zapatos*, y fuerza es que de ella nos ocupemos. En primer lugar, y antes de juzgar la obra en el teatro, no dejaremos de consignar aquí cuán extraordinario fué nuestro asombro al leer en el anuncio oficial de la empresa, que la comedia en cuestion era *lindísima*. Así sería verdad, quizás á juicio del padre de la criatura y demás personas de la casa; pero es el caso que á nosotros despues nos ha parecido que merecía todos los calificativos, ménos el que con tanta inmodestia como impertinencia la regalaron cuando aun era *nonnata*. Por trivial omitiríamos este cargo, si la tal obra no se hubiera hecho acreedora á otros, en número infinito. *Zapatero, á tus zapatos*, no ya por lo que es como comedia, que apenas si es nada, sino por la intencion que á su autor ha guiado al escribirla, exige que la dediquemos nuestra atencion, siquiera no sea más que por espacio de cinco minutos. ¡Cuán distante de la mente del inmortal *Moratin* estaria la idea de que hoy, casi en el último tercio de este siglo habia de retoñar en el teatro un nuevo D. Eleuterio Crispin de Andorra! Y sin embargo, nada más cierto; y lo que es peor, el que ahora aparece no hace del Sitio de una ciudad una comedia, como aquel malaventurado escribiente cesante, sino que armado con la férula de maestro, se erige *motu proprio* en crítico sin poderes ajenos ni autoridad suya, y acomete la risible empresa de corregir defectos, que no sabemos tenga nadiesino él. Y vamos á probarlo.

La comedia se reduce (no tanto como fuera de desear, pues tiene tres actos), á demostrar, en vista de que el hijo de un sastre se dedica á hacer comedias, que el público rechaza, que nadie debe escribir para el teatro si no sabe hacerlo. Esto no valia en verdad la pena que se

sufre al escuchar aquella comedia; pero es el caso, que al propio tiempo se ha propuesto su autor probar que existen en el mundo *muchos hijos de sastre*, y con tal motivo se entretiene en filosofar con deplorable insistencia sobre la materia, y se obstina en convencer al público que él es de opinion que aquel que no sepa escribir no escriba. Esto, como se ve desde luego, es contraproducente: el autor de *Zapatero, á tus zapatos* no ha debido dar su comedia al teatro; ha debido leérsela para sí una y otra vez, cuantas hubiera podido resistir, y de este modo curado él, que es el único atacado de la enfermedad que oficiosamente pretende encontrar en los demás, todos habríamos gozado de salud perfecta.

La obra en cuestion, sin otro pensamiento que el indicado, escrita en prosa casera y rampiña, sin accion principal que encierre en sí el interés necesario para mantener ni aun la curiosidad del público, y sin estar sostenida por personajes de carácter definido, es una comedia que tiene las mismas condiciones que las que escribía el *hijo del sastre*. En este supuesto, decimos que su autor ha debido leerla, ya que la habia escrito, cosa que por otra parte no le perdonaremos nunca, y atento á lo que para los demás propone, hubiera continuado dedicándose á sus habituales ocupaciones, que no deben consistir, como no consisten, segun tenemos entendido, en escribir comedias. Esto, y no lo que ha hecho, si que hubiera sido realizar el proverbio de *Zapatero, á tus zapatos*.

No lo ha hecho así por desgracia, y despues de haberse tomado un trabajo inútil, para con el cual él ha sido el primer ingrato, nos ha proporcionado la triste ocasion de cumplir con un deber tan imprescindible como desagradable. Créanos el autor de la comedia que nos ocupa, y déjese de regalar lo que tanto há menester para sí; pues las lecciones que pretende dar á los autores dramáticos en aquella peregrina produccion de su ingenio, nos hacen recordar las que de ortografía daba á un párvulo aquel maestro de una aldea de Andalucía, cuando repetía reprendiéndole: *Chiquiyo ya me duele el arma de icilte que sordao se escribe con l*.

*La Antigua española*, comedia cuya primera representacion hubo de suspenderse el mártes de la última semana á causa, segun dijimos, de una repentina indisposicion de la actriz doña Carmen Genovés, se puso en escena el lunes en el teatro de Variedades, sin que á pesar de estar correctamente dialogada y pensada con suma intencion, lograse obtener más que un éxito ménos que mediano. La inesperienza que en este género de obras tiene su autor, el discreto publicista D. Eusebio Blasco, así como el abuso de alusiones políticas de que se halla sembrada la comedia con sensible inoportunidad, fueron sin duda las principales causas que contribuyeron á que su primera produccion no diese el resultado que habria sido de desear. Esto no obstante, á nuestro juicio el autor de *La Antigua española*, en medio de todos los defectos de que adolece su obra, descubre cualidades de autor dramático.

Hemos terminado: el beneficio del primer actor cómico Mario, que anoche se verificó en el teatro de la Zarzuela, así como las demás novedades, si alguna ocurre en la presente semana, serán motivo de nuestro próximo artículo.

E. DE INZA.

## NIZA.

El grabado con que encabezamos hoy el número representa la vista de la ciudad y puerto de Niza, la cual fué fundada por los massilianos, que la cedieron á los romanos antes de César, y era á principios del siglo XII la capi-

tal del condado de Niza. En 1388 se entregó al duque de Saboya, Amadeo VII. Reunida á la Francia en 1792, despues restituida á la Cerdeña, ha vuelto á formar parte del imperio francés, despues de la guerra de Italia. Hoy Niza, que cuenta con una poblacion de mas de 46.000 habitantes, es la verdadera llave del departamento de los Alpes-Marítimos. Su deliciosa situacion sobre el Mediterráneo, á la embocadura del Var y bajo un clima tan benigno que los rigores del invierno son allí desconocidos, atrae gran número de extranjeros, entre los cuales se cuentan todos los años muchísimas de las principales familias de Europa.

Niza tiene deliciosos paseos, magníficas iglesias, dos teatros, dos casinos, varias salas de conciertos, etc. Su territorio produce olivas, limones, naranjas, frutas y legumbres en abundancia, y sobre todo es un precioso vergel de flores, las cuales se trasportan por miles de canastos á Paris, donde son muy estimadas.

## MESSINA.

Messina, cuya vista representa uno de los grabados de este número, se llamó primitivamente *Zaneta*, despues *Mesana*, y es una de las más bellas ciudades de Europa.

Su poblacion es de 72.000 habitantes, y por sus vastas fortificaciones, su ciudadela, su arsenal, sus bibliotecas y su magnífico puerto, alimentado por las aguas del Mediterráneo, ha llegado á figurar, sin contradiccion, como una de las primeras ciudades de la bella y poética Italia.

Los monumentos que se dibujan en relieve en el panorama que presenta nuestro grabado, son el *Senatorio*, ó sean Casas consistoriales el palacio arzobispal, la catedral y el hospital.

Al extremo de sus muelles, bañados por el sol, se encuentra el magnífico paseo del *Corso*, que es la admiracion de los extranjeros.

Las montañas que dominan en el fondo del grabado, rodean igualmente por sus flancos el volcan *Etna*, cuyos reflejos, en los momentos de erupcion, envuelven las arboladuras de los numerosos barcos que pueblan el célebre estrecho conocido por el *Faro de Messina*.

Creemos inútil decir á nuestros lectores que este es el mismo sitio donde los antiguos colocaron el de *Escylla y Caribdis*.

El muelle, obra hecha de piedra y mampostería, y que avanza en medio del puerto, sirve para la descarga de numerosos buques que vienen á depositar en los almacenes de la ciudad una cantidad considerable, no solo de balas de seda cruda, sino tambien el trigo, el aceite, los vinos y el coral del Oriente en abundancia.

Messina ha ocupado un principal lugar en la historia antigua y moderna. En 1.282, Messina sostuvo un largo sitio contra Carlos de Anjou, despues de la horrorosa carniceria de las *Visperas Sicilianas*. En 1674 fué sitiada por los españoles: el duque de Saboya la libertó; pero en 1743 la peste invadió la ciudad haciendo en ella terribles estragos. Cuarenta años más tarde sufrió un temblor de tierra tal, que la mayor parte de las casas vinieron al suelo, y finalmente en 1848 fué bombardeada por la escuadra del rey de Nápoles.

Cuando Garibaldi, despues de haber sitiado á Palermo, se apoderó de casi toda la Sicilia, Messina, mandada por el general Bosco, resistió por algun tiempo; pero en un sangriento combate que tuvo lugar en Melazzo, triunfó de la energia de este general, y el 27 de mayo de 1860 Messina cayó en poder del vencedor de *Catalafni*.

Desde esta época Messina se halla anexionada al reino de Italia.—B.

## TIPOS NAPOLITANOS.

Nápoles ocupa la parte meridional de la Península Itálica; se divide en 15 provincias que representan la cifra de 5.677,500 habitantes. Cada una de estas provincias tiene una fisonomía particular. El golfo de Nápoles se halla situado en el mar Tirreneo, en la costa del reino del mismo nombre. La capital cuenta con 350,000 habitantes.

Después de Roma, Nápoles ha sido considerada por muchos años como la segunda capital de Italia, y aun hoy lo es después de haberse unido este reino y el de las Dos Sicilias al de Cerdeña, y de haber dejado de ser residencia del monarca. La campiña de Nápoles es deliciosa, el clima muy apacible y sus habitantes son de costumbres y de trato muy dulces y cariñosos, pero en general son muy indolentes. Las mujeres son muy hermosas y de un tipo parecido al de nuestras graciosas andaluzas.

En la lámina que publicamos están marcados los tipos de las diversas clases de la sociedad napolitana, con la propiedad posible, á fin de que pueda formarse un cálculo aproximado del carácter de aquellos habitantes.

## REVISTA

PASADA POR S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA.

Delante de la grandiosa basílica de San Isaac, en San Petersburgo, se extiende una espaciosa y regular plaza en medio de la cual se eleva la gigantesca estatua de Pedro el Grande, modelada ó vaciada en bronce, y á la cual sirve de base una roca de granito puro. Esta estatua es debida á un francés, Mr. Falconnet, que fué llamado á Rusia por la gran Catalina; y la citada roca, que puede muy bien llamarse artificial y que pesa próximamente tres millones de kilogramos, ha sido arrastrada hasta aquel sitio desde una distancia de seis leguas. La estatua pesa cerca de veinte y cuatro mil kilogramos. Por lo demás todo en esta plaza revela esa grandiosidad que es peculiar de la corte de Rusia y la escena que reproducimos en nuestro grabado aumenta su importancia.

Sabido es por todos la guerra sin tregua que el autócrata hace á la desdichada Polonia; á esa tierra clásica de héroes y de mártires; de esos nobles hijos que luchan con tanto denuedo y derraman á torrentes su sangre generosa por la independencia de su madre patria, con la abnegación más santa, con el entusiasmo más sublime, sin que los reveses de la fortuna ni la lucha desigual que van sosteniendo hace tantos años, consigan quebrantar su santa fé, ni su indomable valor.

Ahora bien; nuestra lámina representa la Revista pasada por el Czar no hace mucho tiempo á uno de los cuerpos de ejército que parte en aquel momento para Polonia á aumentar el número de sus verdugos.

El emperador á caballo y rodeado de su estado mayor se halla colocado en medio de las tropas, á donde acaba de llegar al galope. Con voz vibrante y sonora saluda á los soldados diciendo, como lo tiene de costumbre: «*Buenos días hijos míos*»; y el ejército entero responde como una sola voz: «*Radi staratza*» que quiere decir: «*Nosotros procuraremos cumplir bien*» y gracias al prestigio que el autócrata ejerce sobre sus soldados, puede enviarlos á la guerra, seguro de que se batirán y morirán sin murmurar y sin retroceder.

J. BELZA.

## LOS MISTERIOS DE UDOLFO.

(Continuacion.)

Lo espresivo del asunto y todo el lleno de la composición infundió el asombro y el terror en

Amelia, por la semejanza que tenia con el caballero Montoni: se estremeció y apartó los ojos de allí. Al pasar ligeramente la luz sobre los demás cuadros, vió uno que se hallaba cubierto con un velo de seda negro. Esta singularidad le causó admiración, y se detuvo con intención de levantar el velo, á fin de examinar lo que se ocultaba con tanto cuidado; sin embargo, indecisa titubea y teme.

—¡Virgen María! exclamó Anita; ¿qué quiere decir eso? Este es ciertamente el cuadro de que tanto se hablaba en Venecia.

—¿Qué cuadro? dijo Amelia; ¿qué cuadro?

—¡Un cuadro! respondió la doncella temblando. Jamás he podido saber bien lo que fuera.

—Levantad la tela, Anita.

—¿Quién, yo? Señorita, ¿yo? No, por cuanto más ameís en el mundo.

Amelia, volviéndose hácia Anita, que palidecía;

—Decid, os lo ruego, ¿qué habeis sabido de este cuadro, que tanto miedo os causa?

—Nada, señorita, nada me han dicho de él. Tratemos de hallar nuestro camino.

—Vamos, dijo Amelia, pero antes quiero ver ese cuadro; tomad la luz, Anita, y yo levantaré el velo. Anita tomó la luz con mano temblorosa, y Amelia se disponia ya á poner su proyecto en ejecución cuando una bocanada de viento penetró en la sala, causando un estrépito espantoso.

Las inmensas tapicerías con que se adornaban las paredes se agitaron; las telas de los cuadros y retratos se estremecieron; la llama de la bugía, mal protegida por las manos palpitantes de Anita, se apagó, y las dos mujeres, mudas de terror, creyeron oír en la sombra prolongados gemidos y agudos sollozos.

## II.

Amelia, sin embargo, procuró tranquilizar á su compañera, y aunque atemorizadas ambas, avanzando á tientas por la oscuridad, consiguieron llegar á la grande escalinata, en la que oscilaba, impelida por el viento, una lámpara en cuya llama azul y temblorosa volvió á encender Amelia su luz, volviendo entonces á emprender su escursión al través de aquel laberinto de corredores; Amelia, para distraer á su compañera, trató de entablar conversacion, y al efecto le preguntó qué era lo que le habian contado de aquel misterioso retrato.

—Nada me han dicho, respondió Anita; lo único que tengo entendido es que algo muy horroroso ocurrió y que se relaciona con él; que desde entonces ha permanecido siempre cubierto con un velo negro que hace mucho tiempo no lo ha descubierto nadie. Todo esto, según dicen, tiene relacion tambien con la persona que poseía el castillo anteriormente.

—Muy bien, Anita, dijo Amelia; veo que efectivamente nada sabeis respecto de este cuadro.

—Nada en verdad, señorita, pues me han exigido palabra de no hablar nunca de eso...

—En tal caso, replicó Amelia, que la veía luchar entre el deseo de revelar el secreto y el temor de las consecuencias que pudiera tener su indiscrecion, en este caso, nada más os pregunto.

—No, señorita; no me preguntéis.

—Sin embargo, estoy convencida de que me lo direis todo, replicó Amelia.

Sonrojóse Anita, Amelia se sonrió, y juntas acabaron de recorrer aquella interminable serie de habitaciones, llegando al fin, no sin alguna dificultad, á lo alto de la gran escalinata, en donde Anita dejó á su señorita para ir en busca de una criada del castillo que la guiase á la sala que en balde habian buscado.

Durante su ausencia, Amelia continuó pensando en el cuadro. El temor de abusar de la discrecion de aquella muchacha habia hecho que cesase en sus preguntas sobre el particular; pero su curio-

sidad era mucha, y creía que no habia de serle difícil satisfacerla. Tentaciones le daban de volver á la misteriosa habitacion para examinar más detenidamente el cuadro; pero la hora, el lugar, el lúgubre silencio que la rodeaba, todo contribuía á aumentar su circunspeccion y á hacerla abandonar la prueba. Para cuando la luz del día reanimase su valor, decidió, sin embargo, volver á la sala y descender el velo.

Presentóse por fin una criada, y llevó á Amelia á su cuarto, el cual estaba situado á un extremo del castillo y de un corredor, al que daban las puertas de toda la serie de habitaciones que habian antes recorrido. Al aspecto de aquella habitacion desierta, sintió Amelia vivos deseos de que no la abandonase Anita todavía, y como el frío húmedo que allí se experimentaba la hacia tiritar casi tanto como el miedo, rogó á Catalina, que así se llamaba la criada del castillo, que le trajese un poco de leña para encender lumbre.

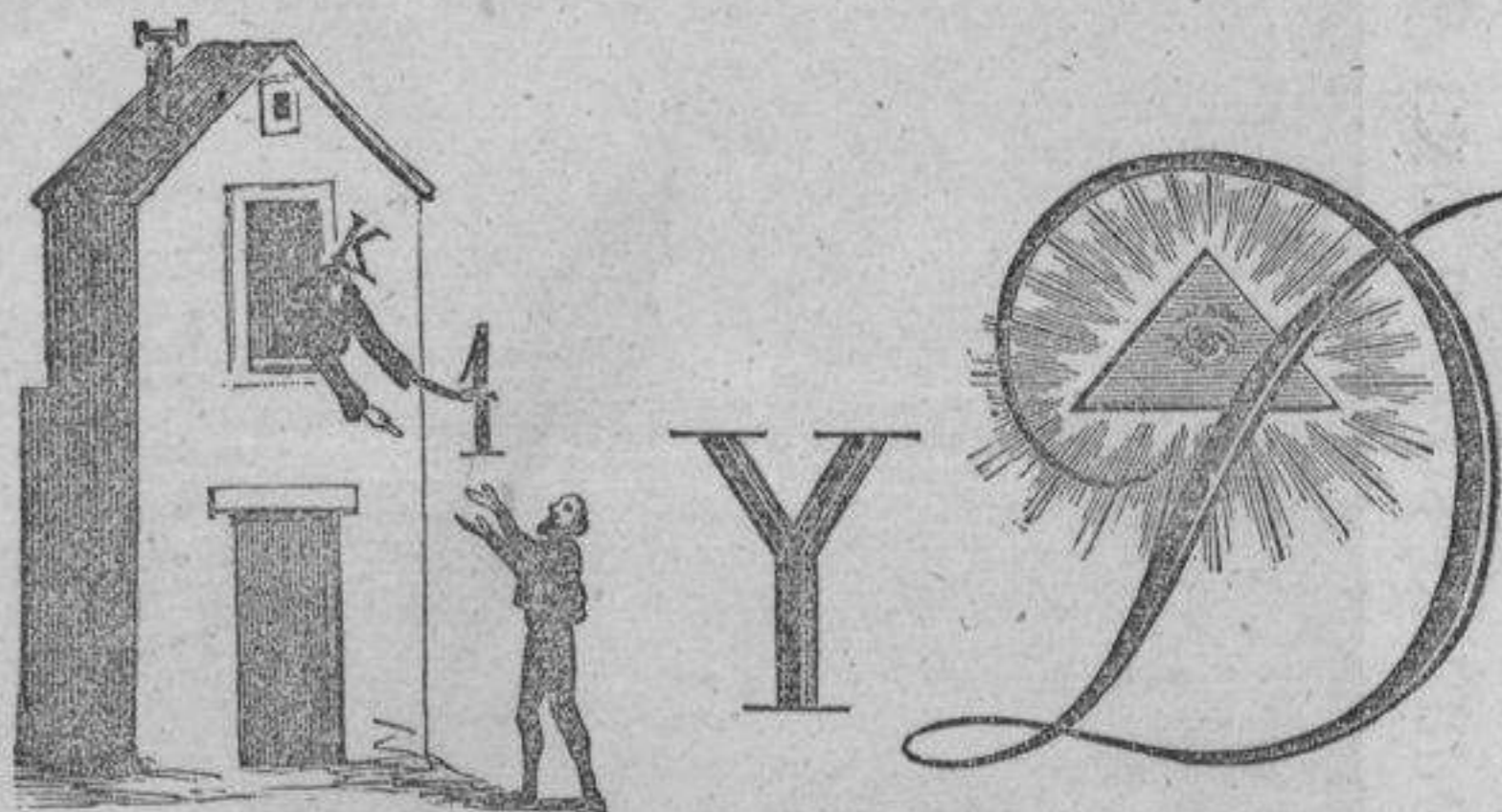
—¡Ay! señorita, dijo Catalina; hace muchos años que no se ha encendido fuego en este cuarto.

—Me estraña, añadió Anita, que llamen á este cuarto la doble habitacion. Amelia entre tanto examinaba en silencio el sitio en que se hallaba. La habitacion le pareció alta y espaciosa, como las que habia visto ya. Las paredes estaban cubiertas de madera; la cama y los demás muebles eran muy antiguos, y ofrecían el aspecto de sombría grandeza que se notaba en todo el castillo. Una de las ventanas, alta y espaciosa, que abrió, daba sobre una muralla; pero la oscuridad no le permitió distinguir nada.

ANNA RADCLIFFE.

(Se continuará.)

## GEROGLÍFICO.



TO

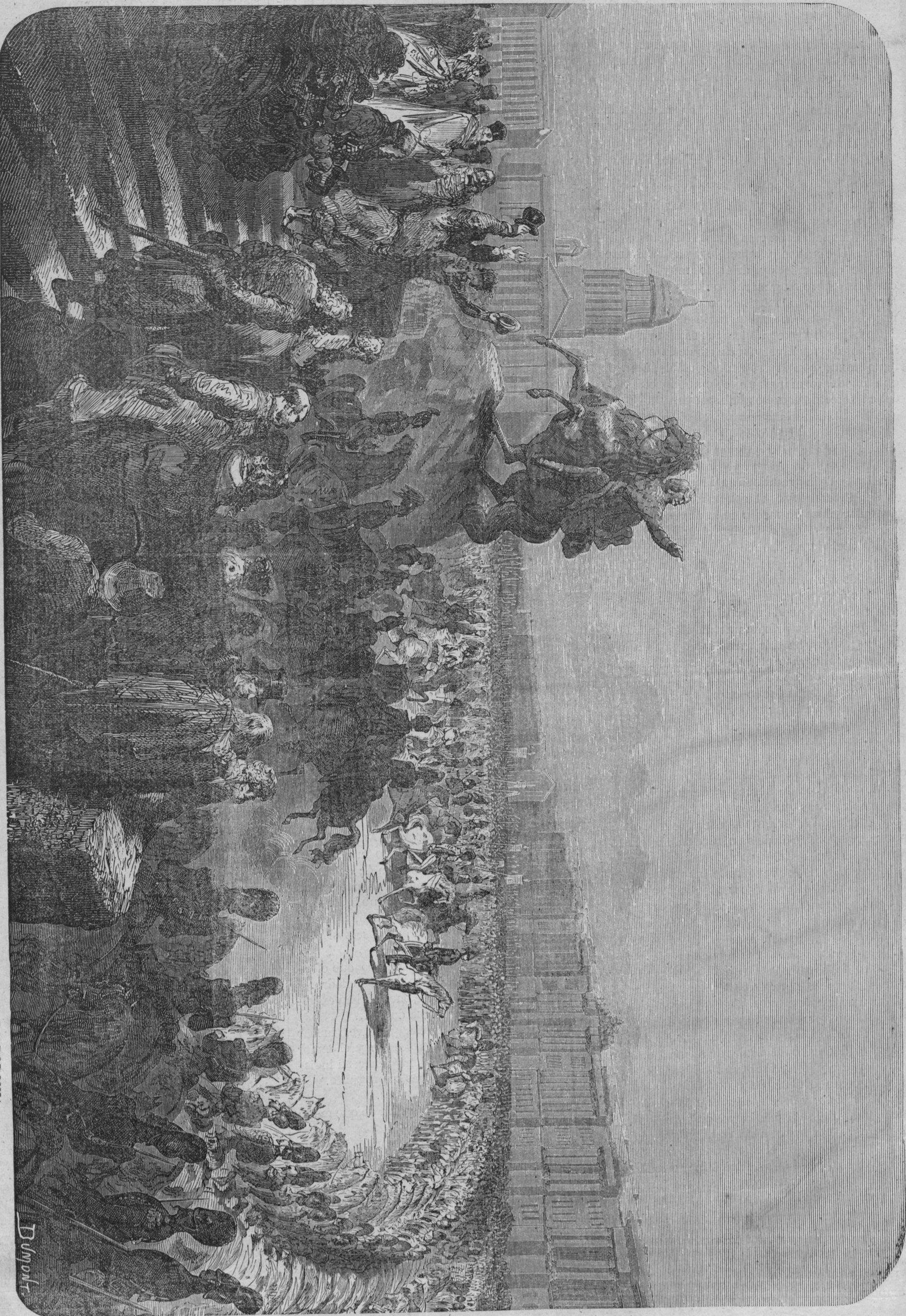
2

## Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A M. C., de Leon.—Ya verá Vd. en este número que hemos procurado complacerle, y continuaremos insertando geroglíficos, siempre que nos sea posible.—A. D. M. O., de Córdoba.—Se han recibido las once suscripciones que remites. Ten por no recibida la carta que te se dirigió por la administración, hace unos días.—A. L. de C., de Sevilla.—Se ha recibido el dibujo y se le dan á Vd. las gracias.—A. D. O. J. R., de Pamplona.—El bellissimo artículo que Vd. nos remite no puede tener cabida, en razon á que ya tenemos otro, precisamente sobre el mismo asunto. Esto no obsta para que si Vd. gusta continúe favoreciéndonos.—A. D. A. B., de Barcelona.—Aceptamos con gusto su consejo. Ténganos Vd. al corriente para utilizarlo en la Revista de la semana.—A. D. B. C., de Cádiz.—Precisamente una de las vistas que Vd. nos indica, la tenemos preparada para uno de los próximos números.—A. don J. M., de Sevilla.—Mil gracias; pero el espacio de que podemos disponer en nuestro periódico es tan reducido, que es imposible dar cabida á tantas cosas á la vez; no por eso nos hallamos menos dispuestos á complacer á Vd.—A. D. M. B., de Figueras.—Por el correo de hoy se remiten las veinte colecciones que Vd. pide.—A. D. S. G., de Mérida.—Habiéndonos agotado la edicion de los números 1.º y 2.º, tendrá Vd. la amabilidad de esperar algunos días á que hagamos una segunda edicion.—A. J. R., de Huelva.—Queda Vd. servido y se le remiten los números.—A. D. R. C. de I., de Málaga.—Esperamos con impaciencia la remision de las maderas, porque tenemos parados á los dibujantes.

Editor responsable, RAMON VICENTE.

MADRID: 1863.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.



Pueblo.

REVISTA PASADA POR S. M. EL EMPERADOR DE RUSIA A UNO DE LOS CUERPOS DEL EJÉRCITO AL PARTIR PARA LA POLONIA.  
 Iglesia de San Isaac. Estatua de Pedro el Grande. Estado mayor del Emperador. El Emperador de Rusia. Flicia del Sarcó. Cahallíes de la Guardia.

Dupont